

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. A. M. L.

XXXV.

OLA MONSTRUOSAS.—SE AMARRAN LOS PASAJEROS.—LA TEMPESTAD EN EL COLMO DE SU FUROR.—PIEDRA.—SE ARRANCAN LAS TABLAS DE BABOR.—SE INCLINA LA BALSA.—UN MARINERO AL AGUA.

Noche del 21 al 22 de Diciembre.

El contramaestre se precipita hácia la driza que sostiene la vela, é inmediatamente se amaina la verga. Ya era tiempo porque la ráfaga pasa como un torbellino. Sin el grito del marinero que nos ha prevenido, habríamos sido derribados y tal vez precipitados al mar. El golpe de viento se ha llevado la tienda levantada á popa.

Pero si la balsa nada tiene que temer

directamente del viento, si es demasiado chata para que pueda hacer presa en ella, lo tiene que temer todo de las olas monstruosas levantadas por el huracán. Estas olas han estado durante algunos minutos como aplastadas bajo la presión de las capas de aire; pero ahora se levantan mas furiosamente y su altura se acrecienta por la razón misma de la compresión que acaban de sufrir.

La balsa sigue los movimientos desordenados del oleaje, y si no adelanta gran cosa, á lo menos un vaiven incesante la hace oscilar de un bordo al otro, y de popa á proa.

—¡Amárrense ustedes! nos grita el contramaestre arrojándonos cuerdas.

Roberto Kurtis ha venido á nuestro auxilio. Pronto los Letourneur y yo quedamos sólidamente atados á la armazón; ni el mar ni el viento nos llevarán, á no ser que la armazón se rompa. Miss Herbay queda amarrada por medio del cuerpo á uno de los montantes que sos-

tenían la tienda, y á la luz de los relámpagos veo su rostro siempre sereno.

Ahora los truenos retumban sin cesar; el rayo se manifiesta por la luz que deslumbra nuestros ojos y el ruido que aturde nuestros oídos. Un trueno no espera al otro, y un relámpago no se extingue sin que otro le suceda. En medio de estas deflagraciones resplandecientes, la bóveda de vapores parece incendiarse toda entera. Diríase también que el Océano se ha incendiado como el cielo, y veo relámpagos ascendentes que elevándose de la cresta de las olas, van á cruzarse con los de las nubes. Un fuerte olor de azufre se esparce por la atmósfera; pero hasta ahora el rayo nos ha perdonado y no ha caído más que en las olas.

A las dos de la mañana la tempestad está en todo su furor. El viento ha pasado al estado de huracán y el oleaje, que es espantoso, amenaza desunir las piezas de que se compone la balsa. El carpintero Daoulas, Roberto Kurtis, el contra-

maestre y otros marineros, se ocupan en consolidarla con cuerdas. Enormes golpes de mar caen á plomo, y estas pesadas duchas nos empapan hasta los huesos de un agua casi tibia. Mr. Letourneur se arroja delante de estas olas furiosas como para preservar á su hijo de un golpe demasiado violento. Miss Herbey permanece inmóvil como si fuera la estatua de la resignación.

En aquel momento, á la rápida claridad de los relámpagos, veo gruezas nubes muy estensas y probablemente muy profundas que han tomado un color rojizo, y una serie de chasquidos semejantes á los de un fuego de fusilería resuena en el aire. Es una crepitación particular producida por una serie de descargas eléctricas á las cuales el granizo sirve de intermedio entre las nubes opuestas. Y en efecto, por consecuencia del encuentro de una nube tempestuosa con una corriente de aire frío, se ha formado el granizo y cae con gran violencia. Nos ve-

mos ametrallados por piedras del grueso de una aveilana, que dan en la plataforma, produciendo un sonido metálico.

El meteoro persiste durante media hora y contribuye á calmar el viento; pero éste, después de haber saltado á todos los puntos de la brújula, recobra su violencia incomparable. El mástil de la balsa cuyos obenques se rompen, queda atravesado sobre ella, los marineros se apresuran á sacarle de la carlinga á fin de que no se rompa por el pié. El timón queda desmontado de un golpe de viento, y la espaldilla se va á la deriva sin que sea posible detenerla; al mismo tiempo se arrancan las tablas de babor, y las olas se precipitan por aquella brecha.

El carpintero y los marineros quieren reparar la avería, pero las sacudidas se lo impiden, y ruedan uno sobre otro al mismo tiempo que la balsa levantada por las olas monstruosas, se inclina bajo un ángulo de más de cuarenta y cinco grados. ¿Cómo no han sido arrastrados al

amar esos hombres? ¿cómo no se rompen las cuerdas que nos sostienen? ¿cómo no vamos todos al mar? Esto es lo que no puedo explicarme. Por mi parte me parece imposible que en uno de estos movimientos desordenados no se vuelque la balsa, y entonces atados a estas tablas como estamos, pereceremos en las convulsiones de la asfixia.

En efecto, hácia las tres de la mañana, en el momento en que el huracán se desencadena con más violencia que nunca, la balsa, levantada sobre la espalda de de una ola, se ha puesto casi de costado. Gritos de espanto se escapan de todas las bocas. Vamos á zozobrar... No... la balsa se mantiene sobre la cresta de la ola á una altura inconcebible; y á la intensa luz de los relámpagos que se cruzan en todos sentidos hemos podido, en medio del espanto, dominar con la vista ese mar que echa espuma, como si se rompiera sobre escollos.

Después la balsa recobra casi al mo-

mento su posición horizontal; pero durante su inclinación oblicua se han roto las trincas de las barricadas y he visto una caer al mar y otra abrirse dejando escapar el agua que contenía.

Algunos marineros se precipitan para detener el segundo barril donde están las conservas de carne seca. Pero uno de ellos mete el pié entre las tablas desunidas de la plataforma, las cuales vuelven á unirse y el desgraciado lanza terribles gritos de dolor.

Quiero ir á socorrerle y logro desatar las cuerdas que me ligan... Es demasiado tarde y á la luz de un relámpago deslumbrador veo al desgraciado, que al fin ha sacado el pié, arrastrado por un golpe de mar que nos cubre á todos de agua. su compañero ha desaparecido con él, sin que sea posible socorrerlo. Yo me encuentro tendido sobre la plataforma; y habiendo dado con la cabeza en el ángulo de una berlinga, he perdido el conocimiento.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

## XAXVI.

DAÑOS.—¿EN QUE CONSISTEN Y CUANTO DURARÁN LAS PROVISIONES?—ABATIMIENTO GENERAL.

22 de Diciembre.

Llega por fin el día y el sol ha salido entre las últimas nubes que la tempestad ha dejado tras sí. Esta lucha de los elementos no ha durado más que algunas horas, pero ha sido espantosa y el aire y el agua han chocado entre sí con una violencia incomparable.

No he podido indicar sino los incidentes principales, porque el desmayo que siguió á mi caída no me ha permitido observar el fin del cataclismo. Solamente sé que poco tiempo después del golpe

de mar, se calmó el huracán bajo la acción de violentos chaparrones y que se aminoró la tensión eléctrica de la atmósfera. La tempestad no se prolongó más allá de la noche; pero en este corto espacio de tiempo ¡qué de daños nos ha causado, qué pérdidas tan irreparables, y por consecuencia qué de trabajos nos esperan! No hemos podido conservar ni una sola gota de esos torrentes de agua que nos ha enviado.

He vuelto en mí, gracias á los cuidados de los Letourneur y de miss Herbey, pero debo á Roberto Kurtis el no haber sido llevado por un segundo golpe de mar.

Uno de los dos marineros que han perecido durante la tempestad es Austin, joven de veintiocho años, buen sujeto, activo y valeroso, el otro es el viejo irlandés O'Ready que había sobrevivido á tantos naufragios.

No somos más que diez y seis en la balsa, es decir, que cerca de la mitad de

los que se embarcaron á bordo del *Chancellor*, han desaparecido ya.

Y ahora ¿qué nos queda en punto á víveres?

Roberto Kurtis ha querido tomar cuenta exacta de las provisiones. ¿En qué consisten y cuanto tiempo durarán.

No faltará agua todavía porque quedan en el fondo de la barrica rota unos sesenta y cinco litros y la segunda barrica está intacta. Pero el barril que contenía la carne seca y el otro donde estaba el pescado, han sido arrastrados por el mar y de esta reserva no queda absolutamente nada. En cuanto al bizcocho, Roberto Kurtis no estima en más de sesenta libras lo que ha podido salvarse de las acometidas del mar.

Sesenta libras de bizcocho para diez y seis personas, hacen ocho días de alimento á media libra por persona.

Roberto Kurtis nos participa el resultado de su examen y le escuchamos en silencio. En silencio también transcurre

el día 22 de Diciembre; cada uno de nosotros media dentro de sí mismo; pero es evidente que en el ánimo de todos nacen los mismos pensamientos. Me parece que nos miramos con ojos diferentes y que se presenta ya á nuestra vista el espectro del hambre. Hasta aquí no nos hemos visto privados absolutamente de comida ni de bebida. Pero ahora la ración de agua va á reducirse necesariamente y en cuanto á la ración de bizcocho.....

En cierto momento me he acercado al grupo de los marineros tendidos á proa y he oído á Flaypol decir con tono irónico:

—Los que deban morir harían bien en morir pronto.

—Sí, responde Owen. A lo menos dejarían su ración para los demás.

El día ha pasado en un abatimiento general. Cada cual ha recibido su media libra de bizcocho reglamentaria; los unos la han devorado inmediatamente con una

especie de rabia y los otros la han economizado prudentemente. Me parece que el ingeniero Falsten ha dividido su ración en tantas partes como comidas suele hacer al día.

Si hay alguno que debe sobrevivir á los demas, es sin duda Falsten.



## XXXVII.

SE SUJETA EL MASTIL.—DESESPERADA SITUACIÓN DE WALTER.—CAÑAS DE PESCAR.—¿CÓMO CEBARLAS?

Del 23 al 30 de Diciembre.

Después de la tempestad, el viento ha llamado al Nordeste y se mantiene en estado de *bella brisa*. Es preciso aprovecharlo, pues que tiende á acercarnos á tierra. Se sujeta el mástil sólidamente, restablecido por el carpintero Daoulas; se vuelve á izar la vela al extremo y la balsa marcha viento en popa á razón de dos millas á dos y media por hora.

Se trata también de arreglar una nueva espadilla que se hace por medio de una berlinga y de una tabla ancha. Esta espadilla funciona bien ó mal; pero con

la marcha que el viento imprime á la balsa no hay necesidad de un grande esfuerzo para mantener el rumbo.

Se recompone igualmente la plataforma con cuñas y cuerdas que unen las partes desunidas; se reemplazan los tablonés de estribor que se han llevado las olas, para ponernos á cubierto de las invasiones de mar, y en una palabra, se hace todo lo que es posible para consolidar este conjunto de palos y vergas; pero no es este el peor de los peligros.

Con la pureza del cielo ha vuelto el calor tropical que tanto nos ha hecho padecer en los días anteriores. Hoy por fortuna se encuentra templado por la brisa. Restablecida la tienda á popa, buscamos en ella abrigo por turno.

Entre tanto comienza á sentirse seriamente la insuficiencia de la alimentación. Todos padecemos hambre; las mejillas se hunden y los rostros se adelgazan; en la mayor parte de nosotros el sistema nervioso central se encuentra directamente

atacado y la constricción del estómago produce una sensación dolorosa. Si para engañar el hambre y adormecerla tuviéramos algún narcótico, opio y tabaco, quizá sería más tolerable. Pero carecemos de todo.

Uno solo de nosotros se libra de esta imperiosa necesidad y es el teniente Walter, acometido de una fiebre intensa: su misma fiebre le *alimenta*, pero al mismo tiempo tiene una sed ardiente. Miss Herbey además de conservar para el enfermo una parte de su ración, ha obtenido del capitán un suplemento de agua y de cuarto en cuarto de hora humedece los labios del teniente. Walter apenas puede pronunciar una palabra y con las miradas muestra su gratitud á la caritativa joven. ¡Pobre muchacho! Está condenado y los cuidados más perseverantes no podrían salvarlo! El á lo menos no padecerá por largo tiempo.

Por lo demás hoy parece que conoce su situación porque me llama por señas.

voy á sentarme á su lado y reuniendo todas sus fuerzas con palabras entrecortadas me dice:

—Señor Kazallon ¿tengo todavía para mucho tiempo?

Vacilo un momento en responder y observándolo Walter dice:

—Dígame usted la verdad, la verdad entera.

—No soy médico, y no podría.....

—No importa. Respóndame usted, se lo suplico.

Contemplo largo rato al enfermo, inclino el oído sobre su pecho y observo que de algunos días á esta parte la tisis ha hecho en él progresos verdaderamente espantosos. Es seguro que uno de los pulmones no funciona ya y que el otro apenas puede satisfacer las necesidades de la respiración. Walter tiene una fiebre que debe ser la señal de un fin próximo en las afecciones tuberculosas.

¿Qué puedo responder á su pregunta?

Su mirada es tan interrogadora que no



sé qué hacer y trato de dar una respuesta evasiva.

—Amigo mío, le digo, ninguno de nosotros en la situación en que estamos puede contar con mucho tiempo de vida. ¿Quién sabe si antes de ocho días todos los que estamos aquí en esta balsa.....?

—¡Antes de ocho días! murmura el teniente cuya mirada ardiente se fija en mí.

Después vuelve la cabeza á otro lado y parece adormecerse.

El 24, 25 y 26 nuestra situación continúa la misma. Por improbable que parezca nos acostumbramos al hambre y esperamos conservar la vida. Las relaciones de naufragios han consignado con frecuencia hechos que concuerdan con los que observo en este momento. Cuando los leía me parecían exagerados; pero no era así, y ahora veo que puede soportarse la falta del alimento por mas largo tiempo del que yo pensaba. Ade-

más de nuestra media libra de bizcocho el capitán ha creído deber añadir algunas gotas de aguardiente y este régimen sostiene nuestras fuerzas mas de lo que pudiera imaginarse. ¡Si tuviéramos para dos meses ó siquiera para un mes asegurada una ración semejante! Pero la reserva se agota y todos podemos prever ya el momento en que faltará completamente esta escasa alimentación.

Es, pues, preciso á toda costa pedir al mar un suplemento de víveres, lo cual actualmente es muy difícil. Sin embargo, el contramaestre y el carpintero fabrican nuevas cañas de pescar con hilos retorcidos y los arman de clavos arrancados de las tablas de la plataforma.

Terminados estos aparatos el contramaestre parece bastante satisfecho de su obra.

—No son famosos anzuelos estos clavos, me dice, pero en fin, pueden pescar un pez lo mismo que cualesquiera otros, si no falta el cebo. Mas para cebo no

tenemos sino bizcocho y el bizcocho no sirve. Cuando cojamos el primer pez veremos de cebar los anzuelos con carne viva. Así, pues, la gran dificultad es pescar el primer pez.

El contra maestre tiene razón y es probable que la pesca sea infructuosa. En fin, intenta la aventura; se echan las cañas; pero como podía preverse ningún pez muerde el anzuelo. Es evidente por lo demás que estos mares son poco abundantes en pesca.

Durante los días 28 y 29 continúan las tentativas pero en vano. Los trozos de galleta con que se ceba los anzuelos se disuelven en el agua y es preciso renunciar á este método en el cual se gasta inútilmente la sustancia que forma nuestro único alimento y que ya contamos hasta por migajas.

El contra maestre á falta de otro recurso imagina entonces, poner por cebo un pedazo de tela que le dá miss Herbey cortándole del pañuelo encarnado que

lleva sobre los hombros. Tal vez ese trapo brillando bajo las aguas atraerá algún pez voraz.

Se hace este nuevo ensayo el día 30. Durante muchas horas se lanzan los anzuelos al fondo, pero al retirarlos el trapo rojo vuelve siempre intacto.

El contra maestre está absolutamente desanimado. Otro recurso que nos falta: ¿qué no daríamos por coger ese primer pez que permitiría quizá pescar otros muchos!

—Todavía habría algún medio de cebar nuestros anzuelos, me dice el contra maestre en voz baja.

—¿Cuál? le pregunto.

—Después lo sabrá usted, responde mirándome con aire singular.

¿Qué significan estas palabras de parte de un hombre que siempre me ha parecido muy reservado? He pensado en ellas toda la noche.

## XXXVIII.

TRES MESES DE NAVEGACIÓN.—EL AÑO NUEVO.—EL HAMBRE.—MOTIN.—LUCHA.—MUERTE DE WILSON.—PREGUNTA INSOLENTE DE OWEN.

Del 1<sup>o</sup> al 5 de Enero.

Hace más de tres meses que hemos salido de Charleston en el *Chancellor* y han pasado veinte días desde que nos embarcamos en esta balsa, en la cual navegamos à merced de los vientos y de las corrientes. ¿Hemos ganado espacio hácia el Oeste, es decir, hácia la costa americana ó la tempestad nos ha rechazado lejos de toda tierra? No es posible averiguarlo. Durante el último huracán que nos ha sido tan funesto, se han roto los ins-

trumentos del capitán á pesar de todas las precauciones tomadas. Roberto Kurtis no tiene brújula para saber la dirección que seguimos ni sextante para tomar altura. ¿Estamos próximos á tierra ó á muchos centenares de millas de la costa? No se puede saber, pero es de temer que habiéndonos sido desfavorables todas las circunstancias, nos hallemos mái apartados de toda isla ó continente.

Hay en esta ignorancia absoluta de la situación algo que desespera sin duda, pero como la esperanza no abandona jamás el corazón del hombre, insistimos en creer contra toda razón que la costa se halla cercana. Así, todos observamos el horizonte y tratamos de adivinar hácia sus extremos una apariencia de tierra. Nuestros ojos de pasajeros nos engañan sin cesar y hacen nuestra ilusión más dolorosa. Creemos ver.....y no hay nada! es una nube, una niebla, una ondulación del mar. No hay allí ninguna tierra; ningún buque se destaca sobre ese períme-

tro gris donde se confunden el mar y el cielo. La balsa es siempre el centro de esa circunferencia desierta.

El 1<sup>o</sup> de Enero hemos comido nuestro último bizcocho ó por mejor decir nuestras últimas migajas de bizcocho. ¡El 1<sup>o</sup> de Enero! ¡qué recuerdos nos trae ese día y por comparación cuan lamentable nos parece! La renovación del año, los deseos que ese *primer día* día del año excita, las expansiones de la familia que trae consigo, las esperanzas que llenan el corazón, nada de esto parece hecho para nosotros. Las palabras: felicito á usted las pascuas, que no se dicen sino comiendo ¿quién se atrevería á pronunciarlas entre nosotros? ¿quién puede esperar para sí propio gozar un solo día del año nuevo?

Sin embargo, el contramaestre se acerca á mí y mirándome de una manera extraña dice:

—Señor Kazallón, se lo deseo á usted feliz.

—¿El año nuevo?

—No, el día que comienza, y debe usted agradecermelo porque no hay nada que comer en la balsa.

En efecto, no hay nada, todos lo sabemos y al día siguiente cuando llega la hora de la distribución la carencia de todo nos coge casi de-improviso como si fuera una nueva desgracia. No se puede creer en esa falta absoluta.

Por la tarde siento un escozor de estómago muy violento, el cual excita bostezos dolorosos: pero dos horas después esta sensación se calma. Al día siguiente, 3, por la mañana me sorprende el verme sin padecer más. Siento en mí un vacío inmenso, pero esta sensación es por lo menos tan moral como física. Mi cabeza pesada y mal equilibrada me parece que se balancea sobre mis hombros y experimento esos vértigos que da el abismo cuando uno se inclina sobre él.

Pero estos síntomas no son comunes á todos. Algunos de nuestros compañe-

ros padecen ya terriblemente y entre otro el carpintero y el contramaestre, que por naturaleza son muy voraces; los tormentos que experimentan les arrancan gritos involuntarios y se ven obligados á apretarse el estómago con una cuerda. ¡Y estamos en el segundo día!

¡Ah! esa media libra de bizcocho, esa cuarta parte de ración que nos parecía tan insuficiente, nuestros deseos la aumenta y la hace parecer enorme ahora que no tenemos nada. Aquel pedazo de galleta si todavía nos le distribuyeran, si nos dieran la mitad ó siquiera la cuarta parte, bastaría para nuestra subsistencia de muchos días, no la comeríamos sino migaja á migaja.

En una ciudad sitiada, reducida a la más completa escasez, todavía se puede encontrar en los escombros, en los arroyos, en los rincones algún hueso descarnado, alguna planta desechada que engañe por un momento el hambre. Pero en estas tablas tantas veces barridas por las

olas, cuyos intersticios han sido registrados minuciosamente y cuyos ángulos han sido raspados por si el viento habia dejado en ellos algunas roeduras ¿que hemos de buscar ya?

Las noches nos parecen larguísimas, mucho más largas que los días. En vano pedimos al cielo un alivio momentáneo. El sueño, si llega á cerrarnos los ojos, no es más que un sopor calenturiento preñado de pesadillas.

Esta noche, sin embargo, cediendo á la fatiga y en un momento en que mi hambre dormía también, he podido descansar algunas horas.

Por la mañana á las seis me despiertan grandes voces que oigo en la balsa.

Me levanto súbitamente y veo á proa al negro Jynxtrop y á los marineros Owen, Flaypol, Wilson, Burke y Sandon agrupados en actitud ofensiva. Estos miserables se han apoderado de la herramienta del carpintero: hacha, martillo, escoplo, tijeras, y amenazan al capitán

al contramaestre y á Daoulas. Acudo inmediatamente á ponerme al lado de Roberto Kurtis y de los suyos, y Falsten me sigue. No tenemos mas armas que nuestras navajas, pero no por eso estamos menos resueltos á defendernos.

Owen y su gente se adelantan hácia nosotros. Los miserables están borrachos; durante la noche han abierto el barril de aguardiente y han bebido de él cuanto han querido.

¿Qué intentan?

Owen y el negro, los menos ébrios de la tropa, les excitan á matarnos obedeciendo á una especie de delirio alcohólico.

—¡Muera Kurtis! gritan. ¡Al mar el capitán! ¡Owen comandante!

El cabeza de motín es Owen, á quien el negro sirve de segundo. El ódio de estos dos hombres contra sus oficiales se manifiesta en este momento por un golpe de fuerza, que aunque tuviera buen éxito no salvaría la situación. Pero los rebel-

des, incapaces de raciocinar, y armados, cuando nosotros no lo estamos, son en este momento temibles.

Roberto Kurtis viéndoles adelantarse se dirige á ellos, y con voz firme grita:

—¡Abajo las armas!

—¡Muera el capitán! ahulla Owen.

El miserable excita á sus cómplices con su ademán, pero Roberto Kurtis apartando á los marineros ébrios, va derecho á él.

—¿Qué quieres? le pregunta.

—Que no haya comandante en la balsa, responde Owen, todos somos iguales aquí.

¡Estúpido! como si no fuéramos todos iguales delante de la miseria y del hambre!

Owen, repite el capitán, abajo las armas.

—¡Adelante vosotros! exclama Owen.

Se empeña la lucha. Owen y Wilson se precipitan sobre Roberto Kurtis, que para los golpes con el extremo de una

berlinga, mientras Burke y Flaypol se arrojan sobre Falsten y el contramaestre. Yo tengo por adversario al negro Jynxtrop, que blandiendo un martillo trata de darme con él. Quiero apretarle entre los brazos á fin de paralizar sus movimientos, pero la fuerza muscular de este tunante es superior á la mía. Después de haber luchado algunos instantes conozco que voy á sucumbir, cuando Jynxtrop rueda por la plataforma arrastrándose con él. Andrés Letourneur le ha cogido por una pierna y le ha derribado.

Esta intervención me salva. El negro al caer ha soltado su arma; yo me apodero de ella y voy á romperle el cráneo, pero Andrés me detiene.

En efecto, los amotinados han sido ya rechazados hasta la prca de la balsa. Roberto Kurtis después de haber esquivado los golpes que le dirige Owen acaba de apoderarse de su hacha, y levantando la mano reparte golpes á un lado y á otro.

Owen hurta el cuerpo, y el hacha cae sobre el pecho de Wilson. El miserable cae de espaldas fuera de la balsa, y desaparece.

—Salvadle, salvadle, dice el contramaestre.

—Está muerto, responde Daoulas.

—¡Eh! precisamente por eso...exclama el contramaestre sin acabar su frase.

Pero la muerte de Wilson termina la lucha. Flaypol y Burke, en el último grado de embriaguez, se encuentran tendidos sin movimiento, y todos nos precipitamos sobre Jynxtrop y le atamos sólidamente al pié del mástil. Owen se encuentra también sin movimiento, sujetado por el carpintero y el contramaestre. Roberto Kurtis se acerca entonces á él, y le dice:

— ¡Encomienda tu alma á Dios, porque vas á morir!

—¿Tanta gala tiene usted de comer

me? exclama Owen con insolencia sin igual.

Esta atroz pregunta le salva la vida. Roberto Kurtis tira el hacha que tenía ya levantada sobre Owen, y pálido como un difunto va á sentarse á popa.

XXXIX.

HORRIBLES PRIVACIONES.—EL MAYORDOMO HORWART.—MR. LETOURNEUR.—RESISTO A LA TENTACIÓN.

5 y 6 de Enero.

Esta escena nos ha causado una impresión profunda. La exclamación de Owen, dadas las circunstancias en que nos encontramos, es para abatir á los mas enérgicos.

Cuando he recobrado alguna tranquilidad, he dado las gracias al joven Letourneur por su intervención, que me ha salvado la vida.

—Usted me dá las gracias, responde, cuando quizá debería maldecirme.

—¿Por qué Andrés?